

ternidad ha sido enseñado en el Pentatéuco en una época en que todos los pueblos, perdido el recuerdo de su fraternidad original, se odiban mutuamente, se comprende que la Biblia ha sido inspirada por Dios. 11

De cuanto acabamos de exponer, resulta que los los diversos grupos humanos pueden reducirse á un solo tipo constituyendo la especie, y que Adán y Eva han podido dar nacimiento á todo el género humano. Por vía de consecuencia, resulta también, que la unidad de la especie humana no es solamente una doctrina de gran alcance moral y un dogma cristiano, sino que es además una importante y profunda verdad científica (1).

1 De Catreñages,

## CAPITULO XV.

### LA FÉ Y LA ANTIPOCLOGIA ANTEHISTÓRICA Ó LA ANTIGUEDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

El hombre procede de Dios como hijo y en línea recta, no como el producto de una serie ascendente de transmutaciones. Por su superioridad física, intelectual y moral, forma un reino superior á la simple animalidad. Resulta de de una sola pareja sin que exista dificultad alguna propiamente científica que pueda prevalecer contra las pruebas de origen. Queda todavía por resolver una postrer cuestión antropológica, y es la que se refiere á la época en que

apareció el hombre en la tierra. No tenemos la pretension de saberlo con exactitud; mas nos hastará probar que no están nuestros adversarios más enterados que nosotros, para que el terreno resulte despejado de una objecion más rebatida que formal, y la Fé quede libre de toda responsabilidad que pueda comprometerla en semejante debate.

Difícil es, por todo extremo, manifestar hasta qué punto se ha ejercitado la imaginacion de los *sábios* en las obscuridades de nuestro pasado. El uno retrasa las primeras edades de la humanidad hasta una época *incommensurable* (1). El otro, en vista de las armas con puntas de hueso y fragmentos de cilice elaboradas por nuestros abuelos, juzga que cuentan veinte mil años; lo cual no le impide descubrir en tales fragmentos, bien que dejándose llevar de cierta inclinacion á una *curiosidad fantástica*, que unos tros padras fueron aficionados á la cerveza y tenían el pelo hermejo (2). Este no se sorprende

1 Bertillon *Moniteur* 1837.

2 Eduardo de Boumont. No se confunda con Elias, del mismo apellido el mas circunspeto y autorizado de los geólogos franceses.

ria si le aseguraban que la especie humana enenta cien mil años de existencia (1). Aquel se siente desvanecido ante la nueva consideracion del tiempo extraordinario que ha debido transcurrir desde que el hombre ocupa la Europa occidental. Por último, en tanto que M. Boucher de Perthes, con una reticencia harto expresiva escribe: Dios es eterno; pero el hombre es muy viejo; no faltan quienes pretenden insinuar que el hombre podria ser no ménos eterno que Dios, si quedase lugar para Dios en un sistema que erige en principio la *eternidad de la vida orgánica* (2).

La antropología negativa lleva á dichas conclusiones por diferentes caminos. A veces argumenta como Darwin y Lamark, basándose en la falta de fijeza en las especies, y calcula que para desarrollarse de inteligencia en inteligencias desde el mandril á Voltaire, la naturaleza ha menester un lapso de tiempo dos ó tres mil veces secular. Dejamos contestada la objecion presentada en estos terminos, al reformar el sistema trasformista que le sirve de base. Otras ve

1 W Shannin

2 Dally



ces procede la negacion de la teoría del progreso continuo, y sienta que si la humanidad, para salvar tal distancia, ha necesitado tal número de siglos el dato inicial de su marcha debe referirse á tal época. Mas, llegados á este punto, surgen no pocos obstáculos para acreditar dicha conclusion. ¿Son conocidas todas las etapas de la humanidad? ¿Puede adicionarse su presunta duracion, sin temor de equivocarse en el total? ¿Es realmente cierto que la humanidad no se haya fijado y permanecido en un punto más que en otro, y á veces retrogradado un dia para ganar en el siguiente el camino perdido, cual esos peregrinos de la Meca que dan un paso atrás para cada dos hacia adelante? Una negacion que en tales bases se funda es demasiado incierta para ser peligrosa: á mas de qué, por lo mismo que pertence completamente á la filosofía de la historia, mas bien que á la ciencia, no tenemos por qué ocuparnos de ella en este lugar. Finalmente, la antropología antehistórica se apoya en testimonios arqueológicos, y bajo este punto de vista debemos considerarla y combatirla.

Expongamos ahora sumariamente esta doctrina. Encuéstranse huesos humanos, productos de la humana industria y restos de las espe-

cies animales, depositados en las profundidades de un mismo terreno no *removido*. Estos hombres y estas especies evidentemente han vivido juntos, puesto que los huesos pertenecientes á las últimas llevan entalladuras, estrias quebraduras y otras señales hechas intencionalmente, que revelan que el hombre mató los animales para consumirlos, ó por lo menos quebrantó sus miembros para labrarse utensilios. Ahora bien, añade la arqueología antediluviana, las transformaciones geológicas que han debido realizarse con posterioridad á la formacion del depósito en que descansan dichos fósiles, no pueden explicarse, si no se admite una duracion que traspasa todos los sistemas.

Aquí la objecion se subdivide, segun que se trata de uno de los tres objetos mencionados en la fórmula general, es decir, de los huesos humanos, ó de las labores ejecutadas por la mano del hombre. ó de los huesos de las especies animales; y en cada uno de esos objetos basan inducciones igualmente atrevidas, relativamente á la edad del mundo y á la del hombre.

A propósito de los fósiles humanos, dice: Hasta ahora se habia creído que el hombre habia hecho su aparicion sobre la tierra durante el periodo cuaternario ó postplio-

ceno, y que no se le descubriría debajo del sedimento llamado *diluvium* (1), proveniente de este cataclismo, ó mejor, de esta série de cataclismos que, en opinion de muchos geólogos, fueron la sepultura del mundo primitivo. Sin embargo, los trabajos de M. Boucher de Perthes sobre el *hombre ante diluviano*, los fósiles de Denise encontrados en una roca volcánica próxima á Puyen Velay, y finalmente, las observaciones hechas por M. Desuoyers y por el Rdo. Bourgeois en las canteras de Saint-Pres, en las cercanías de Chartres, pueban que el hombre habitó el suelo superior, y acaso la capa media del terreno terciario, llamados por Lyell plioceno y mioceno. Pero como es opinion de todos los geólogos, las capas terciarias han exigido un lapso de tiempo incalculable para su formacion, si el hombre es de esa época, de cuantas miriadas de siglos ha de estar fechada su acta de nacimiento.

En lo que concierne á los huesos fósiles de los animales, la objecion se presenta bajo esta for-

1 Como se ve, se toma la causa por el efecto. En virtud de la misma figura y á fin de distinguir cosas que ofrecen muchas semejanzas, los depósitos y otras huellas dejadas por el agua, durante el período histórico, se han llamado aluvion.

ma. El descubrimiento llevado á cabo en Arignac, proporciona un ejemp'o perfectamente comprobado de una sepultura humana, indudablemente contemporánea de las hienas, del oso grande de las cavernas, del rinoceronte, y de otras muchas especies extinguidas, frecuentemente calificadas de antidiluvianas. La remision, en este punto, de restos de animales diversos, débese indudablemente á la intervencion exclusiva del hombre; en primer lugar, porque ha sido imposible el acarreo de tales restos por otros agentes, ya que nada acusa en este sitio invasion acuosa alguna ni trastorno topográfico; y despues, porque tenemos una prueba de que dichos animales fueron introducidos en la caverna despues de haberlos muerto, en el hecho de haber sido roídos los huesos por las hienas, despues de haberlos el hombre hecho pedazos (1). Por su parte, M. Desuoyers ha encontrado huesos del *elephas meridionalis* marcados con incisiones practicadas por la mano del hombre, cosa que probaría la cohabitacion del hombre con este animal, en una misma formacion geológica. La conclusion de tales premisas no puede ser mas obvia. Si el hombre es tan antiguo

1 Lartet Memoria.



como estas especies, lo es infinitamente más de lo que dice la historia.

En cuanto á los productos de la industria humana, hachas, cuchillos, rascadores de pederrenal javalinas con puntas de hueso, equifes y restos de habitaciones, sepultados aquellos en las profundidades del suelo, estas en el limo de los lagos, deponen elocuentemente en favor de la antigüedad del hombre, por muchos de sus caracteres. 1.º por los dibujos que llevan grabados, y que por lo mismo que son reproducción de un fauna y una flora antediluvianas, revelan la existencia de escultores antediluvianos; 2.º por la materia de que están compuestas dichas obras, materia que, según los elementos que la constituyen, las hace referir á uno de los cuatro periodos antehistóricos, la edad de la piedra bruta, la de la piedra pulimentada, la del bronce, ó la del hierro; 3.º y finalmente, por la profundidad á que se encuentran sepultadas, que puede servir de cronómetro á los que miden los siglos por los alzamientos del suelo.

Moralidad más ó menos manifiesta de tales teorías. El Génesis del hombre, según la Biblia, es una leyenda que carece de valor histórico,

Tal es, con toda la claridad de que parece susceptible, la cuestión propuesta al exámen de la razón. ¿Puede resolverse en favor de la Fé? Lo creemos firmemente, fundados en los siguientes motivos que vamos á desarrollar: porque la Fé no se halla empeñada en este debate; porque aun cuando lo estuviera, no se vería comprometida por él mismo.

## I

La Fé solo podría verse empeñada en la compleja cuestión de la antigüedad del hombre, si respecto del particular hubiese aceptado fechas, opiniones ó dogmas que estuviesen en oposición con los hechos arqueo-geológicos. A pesar de la creencia contraria, ora de sus adeptos poco instruidos ora de parte de los sistemáticos detractores de la ortodoxia, no es así: la Fé está desinteresada lo mismo en lo pasado que en lo porvenir de este litigio, porque ni cro-





prender ni la cronología de los Griegos, ni la de los Bárbaros, ni la de los Hebreos.»

No se juzgue que sea esta la teoría del escepticismo histórico: cuando ménos estaría muy fuera de lugar en la apología de una religion fundada en la historia. Mas si la substancia de los hechos es de fácil conservacion, los signos que expresan los números pueden alterarse con la mayor facilidad. Cada pueblo ha tenido sus divisiones particulares del tiempo y su modo de contar. Nada más fácil que la conversion de ciertos períodos y de ciertas fechas antiguas en su equivalente aritmético de nuestros dias. Los copistas, con frecuencia poco versados en la ciencia de los números y en la de las medidas astronómicas, han cometido respecto del particular errores muy groseros cuya responsabilidad no asume la Fé. Silvestre de Saey decia con razon que no existe cronología bíblica, ora porque las cosmogonías de las diferentes versiones autorizadas no están de acuerdo entre sí, ora porque las cifras adoptadas por dichas versiones resultan mas bien de combinaciones, de conjeturas, ó de interpretaciones particulares, que de una certeza histórica. De aqui que la Iglesia pueda suscribir sin restricción la expresion siguiente de un eminente paleontólogo:

«En el Géneis no se encuentra fecha alguna limitativa en los tiempos en los cuales puede comenzar la humanidad primitiva. Son cronologistas que, pasadas quince siglos, esfuerzarse en encuadrar los hechos bíblicos en las coordinaciones de sus sistemas. Así vemos que se han formado más de ciento cuarenta opiniones sobre el único dato de la creacion, y que entre las variaciones extremas, existe un desacuerdo de 3194 años únicamente para el período comprendido entre el principio del mundo y el nacimiento de Jesucristo. Esta diferencia se refiere principalmente á las porciones del intervalo más próximas á la creacion. En el momento en que se ha reconocido que la cuestion de los orígenes humanos está separada de toda subordinacion al dógma, queda reducida á lo que realmente debe ser, es decir, á una tesis científica accesible á todas las discusiones y á todos los puntos de vista, susceptible de recibir la solucion más conforme con los hechos y con las demostraciones experimentales. (1).

¿Existen acaso las autoridades sagradas y profanas indispensables para establecer esta ver-

d á? Creemos que no; sin embargo, como respecto del particular á sernos declinar hasta la más leve sombra de interés personal, añadiremos á los expuestos el testimonio de un teólogo muy acreditado, el respetable sabio Reverendo Le Hir. «La cronología bíblica, dice, flota indecisa. A las ciencias humanas corresponde pues averiguar la fecha de la creación de nuestra especie. Mas estas ciencias deben prescindir de las exageraciones, de las fluctuaciones, y fijarse únicamente en pruebas irrecusables: no deben dar como ciertos, hechos que sólo son probables ó mejor, que ni siquiera son probables. Cuando se haya alcanzado la evidencia respecto del particular, cesará toda discusión, porque habrá desaparecido todo motivo de divergencia (2).»

Científicamente, ¿tiene la Fé interés, ni compromisos contraídos, que puedan inspirarle la injusticia preconcebida contra el progreso arqueológico? Tampoco. Algunos defensores de la fé han formulado sistemas cosmogónicos favorables á su cronología tradicional. La Fé ha decidido sus intenciones, sin aceptar la responsa-

2 Répétition sur les Preuves Antiquité du homme 634

bilidad de sus sistemas. Cierta que durante mucho tiempo se ha apoyado en la opinión del baron Cuvier, que establece en principio que venido el hombre recientemente á la tierra, no ha podido ser el contemporáneo de ciertas especies perdidas y cuyos restos se hallan sepultados en las más profundas capas cuaternarias. Mas desde que los descubrimientos llevados á cabo por Abbeville han venido según parece á demostrar lo contrario, la Fé con MM Brongniart, Flourens y Dumas se ha antepuesto al mismo M. Boucher de Perthes para escucharlo, animarlo y proclamar que si la ciencia impta exagera caprichosamente la edad del género humano, con el propósito de tener una razon para acusar los textos bíblicos, la ciencia ortodoxa no lo rejuvencia movida de un interés opuesto.

La fé tiene tan poco empeño en explicar este punto de un modo particular, que se le echa en cara el acomodarse á todas las explicaciones para no tomarse el trabajo de combatirlas. Certo que su verdadero sistema consiste en no tener ninguno; ¡más con qué razon puede la ciencia acriminarla por sus evoluciones, cuando precisamente se determina por las de ella misma? De seguro no cambiará la una, si á ello no la o-



bligarán los cambios de la otra. ¿Por qué ha de tener, pues, la segunda el derecho de censurar las variaciones que ella misma ha tenido que llevar á cabo?

Es imposible concebir mayor libertad y más dignidad en la actitud, de la que la fé pone en la suya relativamente á las novedades paleo-geológicas. Véase si nó: una escuela, con M. Figier y otros, considera los fósiles hallados en los arenales de Moulin Quignon como restos del diluvio mosaico; la fé que, á lo que parece, tendría motivos par congratularse de ello, se guarda muy bien, así de aceptar la opinion como de contradecirla. Ch. Lyell por su parte, opina que el *diluvium* del valle de Somma, en la cual se han descubierto dicho fósiles, remonta á más de cien mil años; en tanto que el geólogo Elme de Beaumont cree que es de formacion reciente: la fé concede á estos dos jueces eminentes todo el respeto que merecen, sin adherirse á ninguna de sus opiniones. Buk'and enseña que el número considerable de las especies extinguidas de animales diseminados en las cavernas y en las capas superiores del *diluvium*, así como la ausencia de huesos humanos, prueban de un modo indubitable la anterioridad de tales especies á la creacion del hombre; al paso que otros afir-

man la coexistencia del hombre las de las referidas especies: pues bien, la fé no expida certificado de ortodoxia ni á la primera ni la segunda de dichas opiniones. Durante mucho tiempo se ha creído que los fósiles humanos solo se encontraban á bajo de una capa diluvial, haciéndose de la era antediluviana el sinónimo de los tiempos antehistóricos; en cambio M. Dartet ho descubierto en Aurignac los restos de este postrer periodo, en un terreno que no ha estado invadido por las aguas: la fé ha permanecido indiferente respecto de ambas hipótesis. Finalmente, en otro tiempo vino una especie de axioma geológico, que no existian ni podia existir restos humanos antes de las formaciones post-pliocenas; hoy se cree haberlos encontrado casi en todas las zonas del terreno terciario, y existen sabios ortodoxos, del mismo modo que sabios libre pensadores, que se alaban á competencia, de haber conocido al hombre plioceno, y hasta al mioceno, y no desearan de dar dentro de poco con el hombre eoceno.

Ahora bien, la fé permanece tan apartada de las conclusiones de esta tesis, que se ve á eclesiásticos, como el Rdo. Bourgeois, apoyarias con su autoridad científica, y á Obispos como

monseñor Meignan que hace de ella la base de sus apologías. Semejante adhesiones se explican perfectamente. Según estas teorías el hombre fósil constituiría un elemento integrante de la apologetica cristiana; llenaría una laguna en vez de crear una dificultad, porque habiendo presenciado el día sexto de la creación del hombre y la de ciertos animales, la contemporaneidad del primero y de los segundos en la fauna prehistórica, es una confirmación del texto sagrado.

Por lo demás, á las hipótesis de la ciencia ¿no tendrá derecho, como hemos dicho, de oponer, las suyas la religión? Suponiendo que se pretenda extremar la objeción del hombre fósil, ¿está prohibido creer en las creaciones anteriores á aquella que nos refiere Moisés? ¿En la existencia de las razas preadámicas, no tenemos una contestación á todas las objeciones fundadas en los descubrimientos de la antropología prehistórica? Esta opinión ha sido adoptada por ciertos Padres que no tenían una fé más supersticiosa que la de muchos de los paleontólogos contemporáneos. ¿Por qué no hemos pues de devolver á la ciencia fantasía por fantasía? En ningún resultado siempre tendremos que las nuevas serán más admisibles que las suyas, puesto que por lo menos no destruyen ni la dignidad, ni la

moralidad, ni las nociones del género humano. La religión no abriga pues recelo alguno respecto de las ilimitadas perspectivas que la arqueología abre sobre nuestro pasado, y por consiguiente, lejos de coartar la curiosidad de esta, participa de ella, de manera que no hay inconveniente en aplicarle las siguientes palabras de un elocuente panegirista de la ciencia: «Monumentos ciclópeos, ciudades inmensas sepultadas bajo los bosques cinco ó seis veces superpuestos, suelo helado de la Siberia y de la Groenlandia, tumulos del Ohio y de la Escandinavia, grutas sepulcrales en forma de galería, dolmens y menhires, habitaciones trogloditas, ciudades lacustres de la Suiza, la Saboya y el Vicentin, terramares de la Emilia, grutas y volcanes de Avernus, diluvium de los valles y las llanuras, cavernas huesíferas, bancos óseos, la religión todo lo ha examinado, todo lo ha preguntado, hasta los montones de humus, sin que tema por esto manchar sus manos virginales. Hasta los restos de la cocina primitiva de los Escandinavos, que los arqueológicos daneses han designado bajo el nombre medianamente bárbaro de *kjækkenmoddingers* (1). Y en el término de estas

(1) Discurso sobre la remota antigüedad del género humano por Mr. Joly.



exploraciones la religión puede decir á la ciencia, te he seguido de uno á otro extremo del mundo y te he retido á que produjeras un solo testigo verídico contra mí.

¿Dogmáticamente qué relación puede existir entre la fé y la antropología prehistórica? No debería existir ninguna más que la de una fraternidad bienhechora, cual conviene entre dos hermanas de las cuales tiene una la misión de dar á conocer á Dios, y la otra á su obra. Pero la ciencia no sabe dar un solo paso sin retroceder para dar algún golpe atrás, y esto lo mismo respecto de las creencias más sólidamente establecidas, que de las más vulgares preocupaciones. Aquí su tema era fácil y no lo ha descuidado.

¿No revelan, dice, los guijarros rotos con más ó ménos arte, los pedazos de pedernal que han servido de armas ó utensilios primitivos; todos los restos testigos y testimonios de las más lejanas sociedades que en lo pasado existieron, que la humanidad ha empezado por el estado salvaje, que sus usos más primitivos han sido groseros, y sus costumbres parecidas en todo á las de los pueblos hoy día incivilizados? Efectivamente, donde quiera que se encuentra la huella de esta inferioridad, no puede ponerse

en evidencia la de la grandeza original de nuestros antepasados; por consiguiente el paraíso terrestre, jamás ha existido como no sea en las páginas legendarias de la Biblia y con razón se ha dicho y ha podido escribirse: "la edad de oro no debemos buscarla en lo pasado sino en lo venidero, lejos muy lejos en lo porvenir (1).

¿No es conceder más honor del que merece á esta actitud el reconocerle el valor de un argumento? Sí, de juzgarla en su valor intrínseco; no, si se la pesa en la balanza de las preocupaciones contemporáneas. No probamos aquí la tesis del pecado original y de la ruina intelectual y moral resultado del mismo; aun cuando tengamos respecto del particular tradiciones, y reseñas extraordinariamente más exactas y positivas que las objeciones opuestas por la arqueología, renunciemos por ahora á ellas y discutimos las objeciones.

¿Qué importa que hayan desaparecido los vestigios del Edén, si las huellas de la caída se encuentran en todas partes? Las delicias del Paraíso sólo pudo disfrutarlas un hombre y para compartirlas con él una mujer: las miserias

resultantes de la caída, han sido patrimonio de la humanidad entera. Las primeras han durado un día, las segundas dilatados siglos. Y no obstante esto háse negado la caída, porque no se han encontrado en estado fósil las ramas ó los frutos del árbol del bien y del mal. ¿Qué pensador formal será capaz de sostener que nuestro estado presente no es una restauración, fundado en que la misma comenzó hace mucho tiempo?

De seguro no se han apercibido de ello los enemigos del cristianismo que han transformado en objeción una prueba robusta. La rebelión y la desobediencia primitiva que niegan, hállanse atestiguadas por el estado miserable en que vivió la humanidad en las cavernas y en las ciudades lacustres. Con tal que se crea en la justicia divina, compréndese fácilmente que tales castigos fueron consecuencia natural de un gran crimen cometido contra la libertad humana; y si pasando cabe las ruinas de Babilonia y de Nínive, de Sidon y de Gomorra, el viajero comprende que cada piedra que pisa constituye una prueba de las maldiciones divinas, como las grutas sepulcrales del mundo primitivo, desprovistas hoy de sus muertos; los restos de los banquetes fúnebres que bajo sus bóvedas tuvieron lugar hace más de veinte mil años; los dibujos

informes trazados toscamente con un buril de pedernal y los punzones y javalinas de una humanidad nomada que vive del producto de la caza y lucha incessantemente contra los animales temibles en sitios generalmente inhabitables, y de mares que á cada momento salian de su lecho, revelan perfectamente la existencia de un tremendo castigo. O Dios es injusto, ó los descubrimientos de la paleontología humana constituyen la prueba del pecado original.

De la propia manera los datos de la etnografía y la lingüística están de acuerdo con la revelación, respecto del lugar aproximado en que estuvo el paraíso terrestre. Para la ciencia, lo mismo que para la fe, el Asia central ha sido la cuna del género humano. Sus montañas graníticas y su inmensa meseta en la cual no han tenido tiempo de formarse sedimentos acuosos, fueron indudablemente las primeras tierras que se vieron libres de la general inundación. "En derredor de esa meseta, se encuentran los tres tipos fundamentales de la humanidad reunidos por intermedarios, y las lenguas, al presente muy diversas, representan las tres grandes divisiones lingüísticas universalmente admitidas. De



dónde resulta que la tradición del paraíso terrestre sobrevive á todos los cataclismos, resiste á todas las caídas y que áun cuando el hombre cediendo á sus pasiones se haya alejado del eden, vuelve á él por sus sentimientos, por sus recuerdos, hasta por medio de la ciencia, con el invencible instinto que le guía al hogar de su nacimiento.

Completemos estas pruebas en favor de las prerogativas primordiales del género humano valiéndonos de estas graves palabras de Schelling: "Entre los numerosos sistemas falsos y nuevos que en los modernos tiempos han visto la luz, es indispensable poner en primer término las pretendidas historias de la humanidad, que van á buscar sus ideas respecto del estado primitivo de nuestra especie, en las descripciones que nos hacen los viajeros del estado de barbarie de los pueblos salvajes; sin considerar que toda barbarie es resultado de una civilización extinguida.... creo pues firmemente que la civilización ha sido el estado del primer hombre."

## II.

La fé, hemos dicho, no se halla empeñada en esta cuestion; mas en el supuesto de que lo estuviera ¿correría algun riesgo? De ningun modo; puesto que la paleontología no puede oponerle certeza alguna capaz de comprometerla. Librenos Dios de suscitar el escepticismo científico para favorecer la fé religiosa; mas no consintamos tampoco que se establezca la creencia científica sobre las ruinas de la fé cristiana. El buen sentido necesita proclamar, que el estudio de los tiempos pre-históricos cuenta tambien con sus novelistas, que llenan de ficciones las páginas vacías de los anales humanos. Existe un punto en la remota antigüedad en que faltan los

testimonios auténticos, otro en que hasta las leyendas desaparecen, y entónces solo reina la hipótesis tanto más audaz y atrevida en cuanto ménos puede ser contrarestada, con la circunstancia verdaderamente sorprendente, de que ella misma concluye por imaginar la realidad. No desconocemos que del conjunto de los descubrimientos geológicos resulta que la humanidad cuenta más años de lo que se creía; ¿más cual es la medida exacta de esa edad? ¿Es tan ilimitada como presumen Lyell y sus partidarios? Procederemos prudentemente poniéndolo en duda. Las dudas se amontonan sobre los restos antediluvianos con una abundancia que no debe sorprendernos, porque la arqueología pre-histórica no constituye una ciencia todavía, ya que es hija de la geología, y la hija no puede anteponerse á la madre. En prueba de ello recordaremos algunos de los misterios que se ciernen sobre los tres objetos que nos ocupan: los huesos humanos, los restos de la industria humana; los huesos de las especies animales contemporáneas del hombre y anteriores á la época histórica.

No hemos de temer que se encuentren huesos humanos en estado fósil; al contrario lo

deseamos, puesto que convendría hallarlos hasta en los terrenos terciarios, para la justificación completa de los demás descubrimientos llevados á cabo por el Reverendo Bourgois, y para dejar justificada la teoría de Monseñor Meignan; mas de los fósiles de esta naturaleza, ¿puede hacerse un cronómetro exacto relativamente á la edad del globo y á la de la humanidad? No, nada más problemático, ó por lo ménos, más discutible que esas exposiciones llamadas antediluvianas, si se las considera en sí mismas, relativamente á la capa cedimentaria de donde provienen y especialmente á la edad de dicha capa.

No recordemos de nuevo el pretendido fósil humano en que reconoció Cuvier una salamandra inmensa. ¿Nuestros fragmentos contemporáneos gozan de una autenticidad tal que les ponga á cubierto de toda sospecha? "Los maliciosos cuchichean, dice el profesor M. Joly, hablando de la célebre mandíbula hallada en Moulin-Quignon. A pesar de la sentencia pronunciada por el tribunal supremo de la ciencia, confieso haber concebido alguna sospecha: lo digo en voz baja (1)."

(1) *Discours sur la remota antiquité del linage humain.*



En efecto, un obrero se ha jactado de haber enterrado el famoso hueso maxilar en el sitio requerido para las necesidades del sistema, y de seguro trascurrió mucho tiempo ántes que se ponga en claro cuanto existe hoy de obscuro respecto del particular. Sea como quiera, este fósil, verdadero ó falso gremonta una antigüedad de cien mil años como pretende sir J. Lubkok y sir Ch. Lyell? ¿O hemos de creer á Elias de Beaumont y al profesor Philips, que afirman que su lecho es de formacion reciente? Hé ahí para el pro y el contra todo el valor científico de tan pretencioso cronómetro. En suma, solo señala para aquellos que creen que ha de serles tan fácil enterrar la autoridad de Moisés, como los fósiles necesarios para su justificacion. Libre me Dios de hacer á Boucher de Perthes responsable directo de esta misfificacion científica; mas ya que no se haya llevado á cabo por él, puede haberse hecho para él. Lo que no cabe dudar es que Vogt no vacila en calificar á dicho sábio de arqueólogo de gran mérito; *pero muy exaltado y con harta frecuencia muy extravagante*, y en prueba de ello, cita su pretendida invencion de instrumentos antediluvianos, con los cuales nuestros antepa-

sados de la edad de piedra aflaban sus uñas y cortaban su pelo. Cuando se considera que sir Falconer, J. Prestwich y todo un congreso de sábios ha hecho acto de fé ante semejantes reliquias, hay motivos poderosos para mostrarse sorprendido de que se muestren tan exigentes respecto de la verdadera fé.

Otro fósil existe que frecuentemente se cita en apoyo de la propia tesis, y se conose con el nombre de los *hombres de denise*. ¿Es su autoridad más incontestable? Compónese como se sabe, de huesos humanos hallados sobre la pendiente de un volcan apagado, llamado Denise, cerca de Puy, en una masa de toba lijera y porosa que se considera formada por la última erupccion del cráter. Si se admiten dos cosas; 1.ª que las erupciones volcánicas de la Francia central terminaron todas ántes del período cuaternario; 2.ª la *coetaneidad* de esos huesos y del terreno que los contiene, llégase fácilmente á la conclusion de que el fósil referido pertenece á una época muy remota; mas da la casualidad de que ninguno de dichos extremos se halla establecido. El centro de la Francia ha sido trabajando durante largo tiempo por fermentaciones volcánicas y se halla sembrado á cada

paso de cráteres extinguidos y pozos enfriados. No puede en manera alguna asegurarse que con posterioridad al período terciario la pendiente de Denise no haya sido surcada por algunas nuevas capas de lava erúptiva. En segundo lugar ¿los huesos son de la misma época que el lecho de piedra en que han sido hallados? Esto es muy dudoso, puesto que, aceptados como fósiles por los unos, y rechazados por los otros, especialmente por MM. Lartet y Hebert, que en virtud de un estudio de los mismos y de las localidades en que fueron hallados, creyeron reconocer las trazas de una sepultura posterior á las tobas volcánicas donde se hallaron los huesos; podemos decir que no es más conveniente el nuevo dato aducido para establecer el calendario ante-histórico, que ha menester pronta reforma.

¿Haremos mención de los fósiles americanos? Sí, para demostrar una vez más los cálculos arbitrarios y los errores que este estudio puede ocasionar cuando sirve en él de guía la imaginación. En la llanura de Nueva Orleans, á 16 piés de profundidad, hase descubierto madera quemada y el esqueleto de **un hombre cuyo cráneo se hallaba debajo las**

rices de un ciprés. La ciencia de la comarca, representada por Bennet-Dowler ha considerado que el esqueleto tenía 57, 600 años ¿De qué manera ha procedido para determinar este número? Muy sencillamente; en este suelo que se halla sobre el nivel del mar, ha dicho, existen fragmentos de ciprés superpuestos: la ciencia presume pues que en este suelo han existido muchos bosques; cada uno de los cuales ha ido desapareciendo paulatinamente debajo de las aguas por el abajamiento del suelo. Despues de esto, habiéndose el suelo de nuevo levantado se habrá cubierto nuevamente de bosque. Ahora bien, *suponiendo* que este fenómeno se haya reproducido diez veces, añade la ciencia, serian menester para alcanzar los niveles actuales 158. 400 años; y *suponiendo* que la formacion de cada una de dichas capas halla exigido 14, 400 años, tendremos que el esqueleto en cuestion, que se encuentra en la cuarta capa, debe contar 57, 600 años.

Lo cual viene á decir: concededme el número 14,400 por un lado y el número 4 por otro y no podeis negarme que multiplicado el primero por el segundo dejen de darme..... 57:600; pero es el caso que el 4 y el 14 sólo



son supuestos y para el rigor de la operación sería menester que no fuesen un valor ficticio. Por esto cuando Lyell dice: "Yo no puedo juzgar los cálculos geológicos de que se vale el doctor Dowler para evaluar la edad del esqueleto," y sobre todo cuando en su obra magna no habla una palabra de este descubrimiento, parece confesar implícitamente, que no quiere comprometer su mérito científico, adoptando tan fácil modo de conceder siglos al género humano.

También metió mucho ruido en su tiempo el hombre fósil de Guadalupe. Era este un esqueleto humano que se halló en 1804 en una capa calcárea atribuida al período terciario. Más ¿qué se descubrió al cabo de breve tiempo? Que dicha capa era de origen reciente, y una de esas formaciones rápidamente realizadas, como se ve frecuentemente en las regiones tropicales. También se pretende haber encontrado en San Luis dos ichnolitos humanos, es decir las huellas impresas por el pie desnudo de un antediluviano, al marchar sobre un suelo arcilloso. ¿Qué resultó del examen debidamente practicado? Que las huellas no estaban impresas en un terreno blanco, sino en la peña dura. Ahora bien las tri-

bus indias al cambiar de domicilio, suelen grabar en la piedra esas señales, con el fin de indicar á los que les secundan la dirección que han emprendido; ¿y han podido ser tomados como vestigios ante-históricos, esos bosquejos informes que datan apenas de 300 años?

No se me oculta que la ciencia tiene prevenidos y dispuestos otros huesos humanos fósiles, que se hallan á cubierto de los fracasos y desconsideración que dejamos expuestos. Tales son por ejemplo, la mandíbula del ahujero de la Nanlette, cerca de Dinant, en Bélgica, las de Aurignac y de Arcy, contemporáneas del *ursus speleaus*; y especialmente el cráneo de Engis y el de Arezzo que es el más antiguo de todos, sin contar los pedernales labrados recogidos por el Rdo. Bourgeois en los terrenos miocenos del Eura-y Loir. Prescindamos por ahora de las piedras y fijemos nuestra atención exclusivamente en los huesos. Para que tuvieran la significación que se les concede, sería menester que pudiesen resolverse las siguientes dificultades.

¿Es cierto que todos estos fósiles se han encontrado en capas más antiguas que el período cuaternario? ¿Es cierto que se han allado